

BRILLANDO OSCURA

JOSÉ LEZAMA LIMA

Doy a conocer el poema inédito de José Lezama Lima al que precede esta nota gracias a la generosidad de un amigo, René de la Hoz, quien lo obtuvo en un reciente viaje a La Habana. Nadie mejor que él para narrar su testimonio, que reproduzco a continuación. Aunque huelga agregar que el verano pasado, cuando René me habló sobre su adquisición de una serie de manuscritos del gran poeta habanero en ese gran bazar que hoy es La Habana, él mismo no sabía de qué se trataba. A reserva de un estudio más pormenorizado que daré a conocer próximamente, diré sólo que se trata de borradores de poemas que primero se publicaron, como él mismo dice, en la revista *Grafos* de La Habana en 1936, y que luego el poeta recogió, en su gran mayoría, en su primer libro *Enemigo rumor* (1941). Digo borradores porque aunque los poemas están mecanoscritos, así lo demuestra el cotejo con el texto definitivo de *Enemigo rumor*. Un examen del índice del libro, en la edición más reciente de la *Poesía completa* (La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985), demuestra que Lezama Lima excluyó el poema de su canon.

Según René, en carta reciente, el encuentro con estos poemas ocurrió de la siguiente manera:

En algún momento de la conversación que serpenteaba entre volutas de humo, Roberto se levantó de la mesa. La puerta de la calle había quedado abierta y con la brisa se colaba el golpeteo del taller de enfrente y cada tanto un bocinazo. Cuando volvió a la sala, traía un sobre grande. "Esto es para que no nos olvidés".

Yo llevaba varios días en La Habana. Había recorrido sus barrios con avidez y con una sensación de asombro que me sobrevivía sin que yo supiera bien por qué. A veces sentía que me internaba en una ciudad imaginada: todo parecía regirse por sus propias y desconocidas reglas. Buscaba libros, mi deber era saber interpretar las preferencias de mi biblioteca. La gente que iba conociendo entendía intuitivamente ese sometimiento a una autoridad despótica y, tal vez por descortesía o por la costumbre de lo fantasioso, algunos me hablaban de ciertos títulos inencontrables que de un día para otro iban a llegar. Trazaban con el brazo un movimiento lánguido que parecía indicar el mar.

A Roberto lo conocí en la Plaza de Armas. Me lo presentó una muchacha silenciosa, amiga de uno de los libreros legítimos por el beneplácito oficial. Trabajamos una amistad instantánea y la nutrimos de ron y café por partes iguales. Hablamos de los

Estados Unidos, donde Roberto vivió algunos años, no en Miami sino en un pueblo del noroeste. Sus recuerdos eran de lloviznas pacientes, de bosques profundos donde no penetra el sol, de gente ingenua de modales excesivos. Quebrantado por los silencios y la enormidad del paisaje, regresó por México a su isla. Ahora ya no tenía patria y solía refugiarse en la nostalgia.

Fiel al pedido de Roberto, no abrí el sobre en ese momento. Después, quedó olvidado en el fondo de la valija y cubierto de libros tocados por la humedad y el tiempo. Recién al cabo de una semana de estar de nuevo instalado en mi casa, me acordé. Era un puñado de poemas mecanografiados en papel muy viejo. Todos eran de Lezama. Algunos llevaban el año (1936) manuscrito al pie. Uno indicaba: "Publicado en *Grafos*" y consignaba la dirección del poeta: Trocadero 22, bajos. Entre ellos estaba el que a continuación se publica por primera vez.

El manuscrito consultado no llevaba título, por lo que he decidido utilizar parte del primer verso a ese efecto. En esto sigo la usanza del propio Lezama Lima, como demuestran otros poemas suyos del mismo libro, los célebres "Una oscura pradera me convida", "No hay que pasar", "Se te escapa entre alondras", o tantos otros. Como esos poemas en el libro que los reúne, "Brillando oscura" es un fulgurante ejercicio barroco que elude la fácil comprensión. Diez cuartetas de alejandrinos rimados (ABBA) cuya estructura se asemeja a una caja de espejos en la que los objetos se reflejan los unos a los otros sin que nunca se llegue a saber a ciencia cierta dónde se origina la imagen. A su vez, como es evidente, estos objetos aparecen conjurados por epítetos que se derivan de la gran poesía española: modelo y emulación.

A estas alturas sólo podemos especular, desde luego, por qué Lezama excluyó "Brillando oscura" de *Enemigo rumor*. Basta observar que se trata, entre otras cosas, de un experimento con la rima de un verso de arte mayor, el alejandrino, poco usual en la prosodia española. Como tal, la inclusión del poema en *Enemigo rumor* hubiese roto cierta armonía en el contexto de ese libro, la mayoría de cuyos 40 poemas no son rimados. Sólo en la sección II del libro se reúnen 18 textos con rimas de todo tipo, pero todos son sonetos: los célebres "Sonetos infieles". Quede para nuestro futuro estudio un comentario sobre la relación de esta nueva aportación al canon lezamesco con los poemas de *Enemigo rumor* y su contexto inmediato.

Brillando oscura la más secreta piel conforme
a las prolijas plumas descaradas en ruido
lento o en playa informe, mustio su oído
doblado al viento que le crea deforme.

Perfilada de acentos que le burlan movedizos
el inútil acierto en sobria gruta confundido grita,
jocosa llamarada —nacar, piel, cabellos— extralimita
el borde lloviznado en que nadan soñolientos rizos.

¿Te basta el aire que va picando el aire?
El aire por parado, ya por frío, destrenza tus miradas
por el aire en cintas muertas, pasan encaramadas
porfías soplando la punta de los dedos al desgaire.

El tumulto dorado —recelosa su voz— recorre por la nieve
el dulce morir despierto que emblanquece al sujeto cognoscente.
Su agria confesión redorada dobla o estalla el más breve
marfil; ondulante de párpados rociados al dulzor de la frente.

Ceñido arco, cejijunto olvido, recelosa fuente halago.
Luz sin diamante detiene al ciervo en la pupila,
que vuela como papel de nieve entre el peine y el lago.
Entre verdes estambres su dardo el oído destila.

Cazadora ceñida que despierta sin voz, más dormidos metales,
más doblados los ecos. Se arrastra leve escarcha olvidada
en la líquida noche en que acampan sus dormidos cristales,
luz sin diamante al cielo del destierro y la ofrenda deseada.

El piano vuelve a sonar para los fantasmas sentados
al borde del espacio dejado por una ola entre doble sonrisa.
La hoja electrizada o lo que muere como flamencos pinchados
sobre un pie de amatista en la siesta se desdobra o se iriza.

No hay más que párpados suaves o entre nubes su agonía desnuda.
Desnudo el mármol su memoria confiesa o deslíe la flor
de los timbres, mármol heridor, flor de la garganta en su sed ya
despunta o se rinde en acabado estilo de volante dolor.

Oh si ya entre relámpagos y lebreles tu lengua se acrecienta
y tu espada nueva con nervios de sal se humedece o se arroba.
Es posible que la lluvia me añore o entre nieves el dolor no se sienta
si el alcohol centellea y el canario sobre el mármol se dora.

El aire en el oído se muere sin recordar
El afán de enrojecer las conchas que tienen las hilanderas.
Al atravesar el río, el jazmín o el diamante, tenemos que llorar
para que los gusanos nieven o mueran en dos largas esperas. <